

## SAN JUAN DE ÁVILA: MAESTRO DE LA VIDA COTIDIANA

MIGUEL ANXO PENA GONZÁLEZ  
Universidad Pontificia de Salamanca

La oración y, por extensión, su práctica, se convirtió durante el siglo XVI en uno de los temas de calado más amplio, en el que entraban en juego distintos niveles de comprensión. No se trataba de un tema cerrado sobre los claustros monásticos y conventuales, sino que preocupaba tanto en las grandes catedrales renacentistas como en los mercados de las villas más ilustres de los reinos peninsulares, pasando por las más doctas Universidades o los Estudios Generales de las órdenes más prominentes. Era, por tanto, un tema de crucial importancia en la expresión popular de la Iglesia, pero también en las preocupaciones de los grandes maestros de vida espiritual. Un campo en el que las divisiones formales de la estructuración jerárquica de la Iglesia parecían desaparecer. Todos tenían la posibilidad de acceder a ese mundo de encuentro con el Misterio. Así, el significado y el alcance de la oración se convirtió en la piedra de toque de una espiritualidad interior. Se trataba, también, de una manera peculiar de comprender las relaciones entre Dios y el hombre, y de este con la sociedad de la que era parte integrante.

Uno de los grandes maestros y promotores de esa vida espiritual y, por lo mismo, de la oración fue el Maestro san Juan de Ávila, hombre preocupado y atento por responder a las necesidades del ser humano de su momento presente. Figura que, si no ha logrado la adecuada proyección social, ha sido solo como consecuencia del hecho de que a sus espaldas no ha estado nunca una institución que, a lo largo del tiempo, se haya preocupado de manera atenta y prudente por guardar memoria de su figura y tradición. Él, con gran acierto y espontaneidad, comprenderá que la renovación de la socie-

dad, que en su caso se concreta en el marco andaluz, ha de estar sustentada y alimentada por medio de la predicación y la catequesis, herramientas que estaban al alcance de todos los clérigos, seculares y regulares, de aquel momento, pero que pocos sabrán utilizar con una adecuada conjunción de sencillez y destreza. Incluso, para que así fuera, se ocupará de convertir y configurar la Universidad de Baeza, haciendo de la misma un centro de formación del clero, en el que, a la vez que el aspecto científico, los futuros sacerdotes fueran dotados también de una adecuada impedimenta para la acción pastoral.

Así, el Maestro Ávila será, ante todo y sobre todo, un evangelizador, un pastor, una nueva expresión de la figura apostólica paulina, que se entrega sin descanso a la tarea de anunciar al Señor. Alguien capaz de convertir y transformar su entorno, por medio de la coherencia entre sus palabras y el propio ejemplo de vida, que se expresa por medio de un magisterio sencillo y profundo, que tiene el acierto de acercar al pueblo a la experiencia sorprendente de vivir en clave de fe, que se expresará por medio de una oración viva y constante.

Curiosamente, el magisterio del Maestro Ávila, que se forma en los entornos académicos más importantes del reino de Castilla, no se ordena u orienta a la docencia en la Universidad, sino que trasciende ese espacio predicando de pueblo en pueblo, llevando la verdad del Evangelio, desde una postura abiertamente humanista, con la lucidez peculiar que se deriva de las aportaciones del Renacimiento y que, de manera especial, se concreta en la comprensión del púlpito como cátedra para el pueblo. Pero, además, esto lo realiza en entornos pastoralmente difíciles como lo eran aquellos territorios de misión del sur de la Península Ibérica, que se convertirán en sus Indias personales, cuando su sueño de pasar allende los mares no se pueda hacer realidad.

Su predicación, al mismo tiempo, estará sustentada en una adecuada y amplia formación académica, por lo que en ningún momento adolecerá de nominalismo, sino que en todo momento su magisterio transparentará una profunda y sincera humildad que el pueblo será capaz de captar, no solo por medio de su predicación constante, sino también desde la asunción de un método de oración, válido

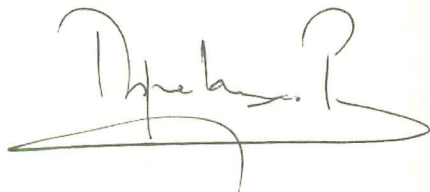
para todos, con el que poder practicar la oración mental y poner de manifiesto la eficacia de la misma. La conciencia común de los autores era que la oración mental tenía necesariamente que ser verificada en su práctica; algo que, desde el momento que se ubicaba en el contexto personal, caracterizado por la intimidad, ya no resultaba tan sencillo. Así se explica que autores como el teólogo Melchor Cano se situaran en la línea opuesta del Maestro Ávila o fray Luis de Granada, ya que entendía que no se debían enseñar al pueblo formas de oración que pusiesen en peligro las comunitarias; que, al contrario de la oración mental, estaban sustentadas en la oración vocal y, lo que era más importante para él, que en todo momento serían más ortodoxas, por el simple hecho de que podían ser controladas sin esfuerzo, sin que pudieran caer tan fácilmente en desviaciones.

San Juan de Ávila no fue ingenuo en este punto debatido y delicado de su contexto histórico, sino que buscará otros complementos, por medio de los cuales catequizar al pueblo, salvando así el riesgo siempre presente entre ortodoxia y heterodoxia. Sustentándose, por una parte, en su predicación, que era eminentemente sapiencial y que tenía el efecto de un profundo contenido teológico, que se basaba en la Teología escolástica y positiva, y que él había asimilado en las aulas universitarias, pero que, al mismo tiempo, contaba con el hecho de hacerse comprensible para la gente sencilla, moviéndoles el corazón. Era, por tanto, una predicación afectiva que, al mismo tiempo, se completaba por medio de un espontáneo método de catequizar al pueblo, que respondía a las necesidades propuestas por el Concilio de Trento, en el cual, por medio de preguntas y respuestas, se iba percibiendo el contenido esencial de la fe, asimilando y haciéndolo fruto de la propia vida y experiencia. Precisamente, su método servirá de fundamento a los posteriores catecismos de los jesuitas Astete y Ripalda, que serán los grandes beneficiados de la intuición avilista.

Esta sensibilidad singular, ese magisterio de la vida cotidiana, nos atrevemos a afirmar que lo convierte también hoy día en modelo de acción evangelizadora para nuestro presente, donde son necesarias figuras cuya doctrina conjugue, a un mismo tiempo, la sencillez y

profundidad, mostrando una *eminens doctrina* no común en otros autores y maestros de su época; al tiempo convierte este en un magisterio que no se ha quedado paralizado en el tiempo, sino que se propone y resurge constantemente como lugar de referencia y de vuelta constante para generaciones sucesivas.

Sin descuidar esto, no se puede dudar del papel relevante que él ocupa en el momento histórico-espiritual de su época, difícilmente comparable con otros autores de su tiempo. Así, la misma santa Teresa de Jesús, en 1568, cuando escribe la segunda redacción de su *Libro de la Vida*, envía el manuscrito autógrafo al Maestro Ávila, al tiempo que añade que lo ha escrito pensando en él. Para que el manuscrito llegue a sus manos se valdrá de la noble toledana doña Luisa de la Cerda, que lo llevará personalmente a san Juan de Ávila. El interés de santa Teresa se basaba en el renombre que este tenía como maestro de vida espiritual de la época y que había sobrepasado ya ampliamente los límites geográficos de Andalucía, en la que él se encontraba, llegando hasta la ciudad de Ávila. Por ello, entendía ella que podía ser capaz de discernir y valorar su *Libro de la Vida*, cuando existían discrepancias acerca del mismo. En septiembre de ese mismo año, el Maestro Ávila responde dándole un parecer favorable: «el Maestro Ávila me escribe largo y le contenta todo», dirá ella. El detalle resulta especialmente elocuente, por el mismo hecho de que es una futura Doctora de la Iglesia, santa Teresa de Jesús, la que pedirá el parecer del Maestro de vida espiritual y predicador atento e incansable, que fue san Juan de Ávila.

A handwritten signature in dark ink, appearing to read 'Juan de Ávila'. The signature is written in a cursive style with a long, sweeping horizontal line at the bottom.